
Acabar con la obsesión juvenil (y 2)

Por Joseph M. Lozano i Soler*

En el artículo anterior dejábamos en el aire la pregunta sobre cómo comprender hoy la plural identidad de los jóvenes sin proyectar en ellos los paradigmas de identidad juvenil construidos en décadas anteriores.

1. LA CONSTRUCCION SOCIAL DE LA IDENTIDAD JUVENIL

En la construcción de la identidad juvenil sucede algo muy parecido a lo que sucede en la construcción de la identidad personal. La identidad se reduce a unos pocos rasgos característicos, que permiten que las personas y los grupos se reconozcan a sí mismos y sean reconocidos por los demás, en un proceso inacabable de interacción personal y social. Evidentemente, en la vida de las personas y de los grupos hay muchos otros rasgos relevantes y, sobre todo, les es posible desarrollar o activar capacidades no reconocidas en los rasgos básicos de la identidad. En cualquier caso, si existen, a menudo se hace remitir o quedan absorbidos por los paradigmas que, en un momento dado, se convierten en el punto de referencia desde la cual las personas y los grupos son juzgados y reconocidos. Gracias a eso, paradójicamente, cada cual "es como es", en este proceso que, inevitablemente, a base de subrayar determinados rasgos ilumina la realidad a cambio de dejar un buen número de elementos difuminados o perdidos en las sombras. No se puede iluminar sin crear sombras, de manera que lo que vemos tiene base "objetiva", pero no es "toda" la realidad. Lo malo es cuando la manera dominante de iluminar no nos ayuda a ver claro.

Así, en una estratificación acumulativa, el Militante/Comprometido, el Pasota y el Amenazador/Amenazado han sido elevados a la categoría de clave de comprensión de la realidad juvenil. Lo cual ha permitido reducir mucho más de lo imprescindible el pluralismo de formas de vida presentes entre los jóvenes a los rasgos básicos de cada momento. Y ni todos los jóvenes se reflejan en ellos, ni todo en los jóvenes se corresponde con ellos, pero así se ha ido tirando. Estos subrayados en muchos

* Profesor de ESADE y miembro del Centro Cristianismo i Justicia.

momentos han sido útiles como principio heurístico, en la medida que hacían caer en la cuenta de rasgos relevantes. Pero, cuando la caricatura se presenta o se vive como retrato, hace pasar gato por liebre y provoca dos distorsiones considerables. Absolutiza determinados rasgos como definición “objetiva” y separa socialmente los jóvenes bajo la pretendida caracterización de una subcultura juvenil, de modo que *se percibe lo que es un proceso de transición proyectando una identidad cerrada y autosuficiente, y se define desde ella, de manera que “ser joven”, paradójicamente, acaba siendo un final de trayecto o un hecho diferencial.*

Detrás de todo esto, la funesta manía, no de pensar, sino de establecer vínculos indisociables entre juventud y futuro. *Y así se consolida el hábito de pensar a través de los jóvenes y los jóvenes a través de las imágenes que nos hacemos del futuro.* Hábito indisociable de la creencia —esperanzada o angustiada, depende— en que la descripción de los jóvenes de hoy podemos deducir el futuro social que nos espera (lo cual se traduce, por ejemplo, en la neurosis de identificar el futuro de una institución o entidad con la capacidad que tienen de atraer a los jóvenes). Hasta el punto que “construir el futuro” a menudo consiste en potenciar lo mejor y evitar lo peor que “vemos” en los jóvenes. Pero eso que “vemos” es inseparable de los futuros que imaginamos. Un círculo vicioso, vaya. Pero pensemos por ejemplo en las sucesivas cuestiones estelares en el ámbito educativo, desde la sexualidad hasta la informática, pasando por el tiempo libre.

Los jóvenes han servido mucho más lejos de lo que sería deseable para controlar, proyectar y condensar las incertidumbres y las esperanzas personales y sociales. De manera que ha sido mediante los jóvenes como se han vivido y proyectado hacia el futuro los problemas del presente. Que la juventud sea en nuestras sociedades un proceso psicosocial diferenciable explica que haya entre los jóvenes un “aire de familia” más o menos vago; pero hay que explicar también porque el “factor psico” se magnifica generacionalmente, de forma que absorbe el “factor social”. Y así problemas comunes vividos en situaciones específicas llegan a ser separados y presentados como específicos de los jóvenes. Pero, claro, es imposible afrontar retos comunes cuando se parte del supuesto de que los jóvenes viven inmersos en lo que *sólo* se define como una cultura juvenil y, por lo tanto, se establece el principio de que los diversos grupos de edad pueden estar juntos y convivir —e incluso pueden aspirar a “comprenderse” mutuamente. Pero no tienen nada que decirse.

2. Y AHORA ¿QUE?

Ahora ya no se trata de comenzar con un pretendido *análisis objetivo* de como son los jóvenes, sino de reflexionar sobre las percepciones que

Acabar con la obsesión juvenil (y2)

hay sobre los jóvenes. De ver hasta qué punto el abigarrado mosaico juvenil revela un cierto aire de familia, que no puede pretenderse resumir ni categorizar, pero a partir del cual se puede pensar. Aire de familia que revela algunos de los retos sociales dominantes hoy en día y que han de generar *respuestas en todos los ámbitos sociales si queremos que haya respuestas también en el ámbito juvenil*. Y no sólo porque nos "preocupan" los jóvenes, sino porque compartimos determinados interrogantes que queremos afrontar en un diálogo social en el que cada cual se deje afectar y modificar por las percepciones del otro, en lugar de combatir para hacer hegemónico el propio discurso o para garantizarle un espacio propio reservado.

Y, en este punto, sí que quisiera seguir siendo beligerante. Creo que se ha producido un cambio lo suficientemente importante, que afecta al aire de familia de los jóvenes, y que este cambio —realmente existente— aún no ha sido asumido por lo que se refiere a la manera cómo se abordan las relaciones con los jóvenes y a la manera cómo son percibidos. Curiosamente, *la tendencia a creer que los problemas de los jóvenes son tan sólo problemas juveniles bloquea la autorreflexión y facilita que siempre "se llegue tarde"*.

¿Cuál es este aire de familia? A mi modo de ver, y simplificándolo mucho, el siguiente: *hemos pasado de unas generaciones de jóvenes que tenían o habían tenido como problema central la represión (política, sexual, moral, familiar, educativa...), a unas generaciones que tienen como problema central la identidad*. Y lo malo es que aún se les trata, analiza o pretende educar *como si* la cuestión central fuera la represión, ya sea para superarla, ya sea para evitarla. Lo cual no tiene porque sorprendernos si tenemos en cuenta que *los padres y educadores de hoy siguen percibiendo a los jóvenes desde el tipo-ideal de joven forjado en su propia juventud*, ya sea ilusionándose con cualquier indicio de compromiso o de militancia, ya sea para combatir el pasotismo, ya sea para conformarse con cualquier cosa con tal de que no pasen (muchas) desgracias.

Cuando hablo de identidad es para expresar mi intuición de que hoy, los jóvenes, más que vivir una situación de crisis o de desestructuración, más bien parecen a-estructurados. Sin identidades ni referencias claras y distintas, y con la tranquila aceptación de quien no lo vive como una *pérdida*, sino como su *normalidad* vital. El problema de la identidad no es vivido con ninguna clase de sentimiento trágico o desgarrado; pero ahí está. Está con una especie de aceptación conformada, ya que se apoya en la seguridad de que la vida da lo que da de sí, y no se trata de preocuparse por el mero gusto de hacerlo. No han pasado por ninguna crisis, entendida como el rechazo, la crítica o la reconstrucción de un sistema de valores más o menos articulado (y esto quizá los diferencia). Han nacido y

crecido en el pluralismo, y en el estallido de las cosmovisiones o sistemas de creencias (y la necesidad de aprender a *vivir* en este nuevo *ecosistema axiológico* la comparten con todo el mundo). Son producto de una especie de *big bang* cultural e ideológico.

Este particular *big bang* ha afectado ante todo a lo que había funcionado hasta ahora como referente en la construcción social de la identidad: *las ideologías como modelos de sociedad y las morales como proyectos normativos de vida*. La configuración consciente de identidades se encuentra ahora en suspenso, y se deja en manos de las inercias y de los tanteos de la vida. A una sociedad cada vez más corporativa con respecto a las relaciones de poder y a la negociación de intereses le corresponde una sociedad cada vez más tribal desde el punto de vista cultural, en el marco arrasador de la cultura de masas. Si la identidad es (también etimológicamente) inseparable del identificarse —positiva o negativamente— ahora la propia posibilidad de hacerlo es lo que se pone en cuestión, de manera que se deja casi por inútil. No ha de sorprendernos la creciente dificultad que tanta gente experimenta cuando trata de explicar inteligiblemente *no cómo vive, sino de qué y para qué vive en el fondo*. Y no digamos cuando pretende que le entiendan los jóvenes. Tal vez la afición actual por la velocidad no sea sino un síntoma más de que lo que de verdad nos causa pánico es pararnos y pasar un rato con nosotros mismos sin tener nada que hacer.

En medio de este *big bang* cultural e ideológico los procesos generadores de identidad son más que precarios, y no es de extrañar que, hoy por hoy, oscilen entre identidades fundamentalistas (religiosas, nacionales, etc.) e identidades dispersas. *El fundamentalismo y la dispersión son hoy en día las dos opciones dominantes en lo que concierne a la identidad, aunque se presenten bajo la forma de pluralismo*. Pluralismo público entendido como acotación de espacios incomunicados entre sí; pluralismo privado entendido como uso simultáneo de parámetros diferentes e incluso contradictorios según los ámbitos vitales. Este pluralismo desarticulado y desarticulador no es de extrañar que a menudo se interiorice (también entre los jóvenes, por lo tanto), como dispersión o perplejidad axiológica y motivacional. Y como apología del presente. De lo que (me) va y (me) funciona. ¿Podría ser de otro modo? Solo hay que ver cómo, en justa correspondencia, los debates educativos no suelen ser debates sobre la formación, sino sobre la adquisición de los saberes instrumentales y las habilidades operativas más adecuadas. Si estas intuiciones son mínimamente adecuadas, creo que es previsible que esta demanda no satisfecha de identidad provoque a medio plazo una reanudación del debate sobre la formación moral en la educación. El reto —y el problema— es cómo y en qué contexto se llevará a cabo.

La climatología vital dominante, pues, es una especie de desarraigo inseparable de una inmersión de talante inmedatista en el flujo de la vida.

Acabar con la obsesión juvenil (y2)

Un flujo hecho de acontecimientos no muy trascendentes. Ahora no se trata de generaciones que hayan pasado del no tener al tener, o lo hayan conseguido trabajosamente. Todo lo contrario, es una generación *para la cual el consumo es un dato cultural asumido, su verdadero estado de naturaleza*. Casi un *derecho* interiorizado sin conciencia refleja y vivido como una realidad independiente de lo que son las condiciones del consumo: la producción y el trabajo. Hasta cierto punto podría decirse que la relación con las creencias y los valores es similar a la oferta del mercado: todo el mundo dice que lo que ofrece es lo mejor, pero *cada cual escoge* lo que le conviene, lo que más le atrae o lo que cree mejor. Y todos escogen, por cierto, una plural variedad del mismo tipo de productos. Todos somos igualmente diferentes.

El consumo ha pasado a ser un horizonte cultural, en el sentido que ha extendido la creencia de que todo lo que experimenta con necesidad o deseo puede estar al propio alcance. Y del "puede" se pasa inconscientemente (pero arraigadamente) a la exigencia: "tiene" que estar al alcance. Recibir bienes y servicios es experimentado como un *derecho* (coherente con una sociedad más preocupada por los derechos de los consumidores que por los derechos humanos) de manera que aquellos que los proporcionan no hacen nada más que cumplir con su obligación. Lo extraño sería lo contrario y, en cualquier caso, se critican las insuficiencias. De ahí que cualquier política de juventud sea por definición insuficiente y poco relevante. El dirigente político espera ver incrementada su valoración (y contabilizarla en votos), creyendo que es muy meritorio lo que es percibido como obvio. Solo faltaría que no (se) hiciera lo que (se) hace; ¡si siempre hace falta y queremos más! ¿No pretenderá que, además, saltemos de alegría?

Pero el consumo aporta otro elemento decisivo en los procesos de identificación juveniles. Ya hemos señalado la fuerza separadora que ha tenido la creencia en que hay una cultura específicamente juvenil, de la cual se puede ser testigo o acompañante más o menos privilegiado (eso es lo que son a menudo los educadores: testigos y/o acompañantes de primera línea), pero con la cual no pueden establecerse relaciones que comporten una implicación mutua. A esto hay que añadir el papel protagonista que tienen los jóvenes en el mundo publicitario, cuando han perdido el protagonismo de la historia. Ellos mismos (idealizados) son una imagen de marca. Pero no solo eso: los jóvenes han llegado a ser un "segmento de mercado" específico (qué digo, uno: una docena!); lo cual quiere decir que, en justa correspondencia, se potencian hábitos y formas de identificación comunes y diferenciados. Y así *nos encontramos con la paradoja de que, de hecho, lo que la sociedad ofrece a los jóvenes como referente identificador es un duplicado corregido y aumentado de determinados rasgos presentes entre los mismos jóvenes*.

Josep M. Lozano i Soler

En este contexto queda claro que resulta demasiado fácil reaccionar como censores y acusar a los jóvenes de inconscientes, que es la acusación que tienen más a mano los propietarios de certezas inmutables. Desde luego no cuestionan el sistema (como exigía una cierta retórica tan exaltante como impotente), sino, en cualquier caso, las dificultades para integrarse en el sistema. Ni están faltos de valores o referencias, pero no los integran a partir de su pretendida "*verdad objetiva*", sino a partir de su *experiencia personal*. Y sin abandonar (desmintiendo así a los que siempre los ven manipulados) una especie de escepticismo lúcido: ya se sabe que la publicidad y los signos de consumo no nos dicen la "verdad" de las cosas o su "realidad", y que todo lo que podemos escoger es para acabar sometidos a determinados estándares. Pero pretender salir de esto es entrar no solo en un vacío sin respuestas, sino *alejarse de la realidad de la vida*.

Porque en este marco, considerando las coordenadas dominantes en las que se vive la temporalidad en nuestras sociedades, *para los jóvenes el presente es el único criterio de realidad, y la única manera de vivir la realidad es vivir el presente*. El pasado no es memoria (y menos aún memoria significativa), sino presente ya acaecido o asignatura, lo cual —obviamente— justifica la ignorancia o el olvido. Y el futuro es una preocupación de padres y educadores, cosa que por cierto comprenden muy bien, pero alejado de su horizonte vital. El futuro no justifica hacer ni dejar de hacer nada; si no se experimenta como una especie de presente ampliado, no forma parte de la vida.

Y es que en este momento *la vida se percibe básicamente como un presente en cambio constante*. La identidad no está hecha de contenidos ni está mediatizada ideológicamente. *La identidad es el sentimiento de compartir unos determinados signos de identificación que son móviles, potencialmente intensos, repetitivos y provisionales*, de ahí la importancia de modas, iconografías, músicas y espectáculos deportivos. Si la vida (presente) es esto, lo más lógico y coherente es no estar muy comprometido. No es tiempo de dogmatismos, ni pueden tener lugar en él: todo puede ser o dejar de ser, sin duda, *pero todo "depende"*. Hay, por tanto, una energía latente que, también, se puede canalizar o adherir a cosas muy diferentes. En cualquier caso, la clave para comprenderlos o tratar con ellos no son las ideas, *sino las experiencias y los espacios significativos*, y los vínculos más "reales" los tienen con quien comparten experiencias y espacios significativos, y no con los que conviven durante más horas. La cuestión, por tanto, no es sólo lo que dicen, hacen o donde pasan más tiempo, sino *cuáles son sus experiencias significativas*, de más o menos intensidad y/o calidad. *La identidad —siempre potencialmente móvil— es el resultado de compartir signos o referencias identificadores*. De ahí su insensibilidad (más que rechazo) ante las vinculaciones y los lazos orde-

Acabar con la obsesión juvenil (y2)

nados y/o reguladores. Y su identificación —más o menos episódica— con propuestas de fuerte componente emocional y con cohesión no ideológica. No solamente música y deportes; también ecología, nacionalismo o religión. Siempre con un componente *de espectáculo actualizador de la vida del que forman parte y en el que se reconocen*. Todo lo cual explica *un poco* que los jóvenes tengan, simultáneamente, un aire de familia y una fuerte fragmentación tribal.

Por eso, por momentos se puede tener a veces la sensación de hablar de unos extranjeros que viven entre nosotros: la convivencia permite constatar que tienen su propio sistema de signos, que se mueve en un registro muy diferente al que utilizan padres y educadores. Pero ésta es una afirmación que podría hacerse *también* perfectamente al revés. Resulta curioso imaginar en paralelo el discurso de un chico o una chica de quince años y los discursos *educativos* que recibe. No solo son diferentes, sino también a menudo mutuamente ininteligibles. Probablemente es el precio que pagamos por un sistema de socialización, pretendidamente educativo, que agrupa a la gente fragmentariamente por edades y no la mezcla para hacer ninguna práctica común: la identidad de grupo acaba protegiendo sus miembros de cualquier otra referencia.

Y es que no puede decirse que sean jóvenes sin criterios, sin valores, sin referencias. Pero sí que la identidad no la construyen con relación a sistemas ideológicos claros, duros, fuertes. Entre otras cosas, recordémoslo, porque el pluralismo cultural *interiorizado* está en la otra cara de su "estado de naturaleza". Es una identidad que, para situarse en la vida, no necesita una brújula. Saben moverse, nadie lo duda, pero no con brújula, sino con radar. Va emitiendo y recibiendo mensajes y signos y, a partir de ellos, van modificando su posición. No se guían con relación a un norte, sino con relación a la posición de los demás. De ahí una cierta tolerancia y falta de agresividad (también para con los adultos, a los que comprenden), pero también un cierto relativismo y pragmatismo. La moral del radar deja un amplio margen a la provisionalidad y al azar de las cosas tal como van viniendo. No todo es igual, pero nada puede ser estable o definitivo.

Fácilmente todo eso provoca reacciones, que pueden tener tonalidades apocalípticas. Y tampoco no es para tanto. *Solamente la convicción ingenua y no fundamentada de que los jóvenes son la prefiguración del futuro, genera reacciones de ansiedad*. Los jóvenes no prefiguran el futuro, sino que son una radiografía de nuestro presente; de una cultura y de todos los que viven también en esta cultura. Por lo tanto, *la pregunta no es qué hacemos con ellos, sino qué estamos haciendo nosotros con nosotros mismos y, por tanto, también con relación a los jóvenes*. Sólo una patológica mitificación de la juventud hace de la descripción empírica de las for-

mas de vida juvenil una instancia crítica y un punto de referencia para la vida de todos.

En último término, creo que lo que hay latente y que cada vez se expresará más, es una demanda de identidad. La pretensión de vivir la vida, de inmersión en la vida o de afirmación inmediata de la vida que proclaman es cualquier cosa menos obvia. *La vida es cualquier cosa menos transparente*. Las preguntas están ahí, pero hoy los jóvenes reciben respuestas a preguntas que no se hacen, lo cual hace que algunas de sus preguntas acaben simplemente por no ser ni suscitadas. Más aún, *los jóvenes de hoy reciben las respuestas a las preguntas que sus padres y educadores se formulaban (en su registro) cuando eran jóvenes, y que se siguen considerando las cuestiones típicamente "juveniles"*. Y eso, por ejemplo, se ve en el discurso político o religioso... incluso en los pretendidamente "progresistas" o "actuales". No es extraño que sean discursos mutuamente incomprensibles o, simplemente, rechazados.

No se trata ni de hacerse el joven, ni de pretender imitarlos, ni de pretender cambiarlos. No se trata de buscar culpables inexistentes, sino de indagar qué hacemos todos a partir de esta heterogeneidad cultural, que es un dato ambiental. Se trata de preguntarse como transmitir determinados valores básicos y actitudes cuando no se comparten —o no se tienen— cuadros y sistemas morales e ideológicos comunes o aceptados como evidentes. Por tanto, *la pregunta no es qué piensan los jóvenes, sino cuales son sus —y nuestras— experiencias significativas*. Y, consecuentemente, *qué es lo que lo significativo en nuestras relaciones personales y sociales*.

Por ejemplo. ¿Hay que mantener el presupuesto de que solo un determinado perfil de joven (comprometido, activo, creativo, responsable y militante, pongamos por caso) es un joven "como es debido"? ¿Hay que seguir dando una *importancia preferente a la forma, el método y la pedagogía* con que se le presentan los valores en una cultura en la que todas las formas pueden servir para muchas cosas muy diferentes? ¿Hay que seguir cultivando la ansiedad y el sentimiento de culpabilidad de tantos padres y educadores, producto de la creencia en que su influencia es la causa decisiva —para bien o para mal— del tipo de joven que "sale" cuando vivimos en una cultura en la que ninguna propuesta o influencia (por globalizante que sea) engloba a la totalidad de la vida concreta de la gente y, por lo tanto, todo el mundo —y sobre todo los jóvenes— articula en su vida respuestas diversas a influencias plurales? ¿Hay que seguir cultivando una especie de *"obsesión juvenil"* según la cual lo que los jóvenes hacen o dicen con relación a la sociedad es por definición una instancia crítica inapelable o un punto de referencia privilegiado? *¿Hay que seguir hablando y pensando en los jóvenes sin que los que hacen eso se*

Acabar con la obsesión juvenil (y2)

pregunten como les afectan a ellos los retos o problemas que presentan como típicos de los jóvenes?

Por mi parte, estoy convencido de que *estamos pasando de una sociedad en la cual la raíz de las patologías era la represión a una sociedad donde la forma de las patologías será la crisis o la búsqueda de identidad*. Pero la respuesta ya no podrá ser la búsqueda de una identidad cerrada, expresada ideológicamente, sino una identidad arraigada en una sabiduría profunda (que *también* se expresa en la palabra) que permita orientarse, discernir y tomar decisiones en circunstancias plurales y cambiantes. Por este motivo el discurso sobre los jóvenes y dirigido a los jóvenes que usan los ex-jóvenes progres de los 60 (con los sucesivos estratos que se han ido superponiendo) no es operativo. Porque *está obsesionado en una liberación entendida como superación de la represión y es incapaz de suscitar una libertad concreta y responsable que configure identidades*. Tengo la sensación (generalizando ahora excesivamente) que *en el mundo adulto y educador se empezó por querer evitar represiones, se continuó por no querer imponer ni condicionar nada y se ha acabado por la dimisión o la impotencia de no querer (o no poder, o no saber) proponer ni ofrecer ninguna forma de vida con convicción* en el marco de aquella "distancia óptima" que es capaz de estar bastante cerca sin imponerse o proteger y bastante distanciada sin llegar a abandonar.

Acabar con la obsesión juvenil es quizás el primer paso que hay que dar para hacer posible el reencuentro con los jóvenes en el marco de retos fundamentales y comunes que nos afectan a todos, pero no a todos de la misma manera. Pero el fin de esta obsesión no parece inminente. Quizás aquí también habrá que esperar que pase el 92. A partir del 92, las proyecciones preveen el inicio del descenso de la población juvenil. En Cataluña, por ejemplo, a principios de siglo, los jóvenes representaban el 31% de la población y los ancianos el 4%. Las previsiones para el año 2000 son que los menores de 15 años sean el 16,3% y los mayores de 65, el 17,5%.

Quizás no será visible ni viable el fin de la obsesión juvenil (ahora que incluso nos anuncian el fin de la Historia) hasta que la ONU convoque un Año Internacionalidad de la Ancianidad...

BIBLIOGRAFIA

- K. ALLERBECK; L. ROSENMAYR: *Introducción a la sociología de la juventud*. Buenos Aires, Kapelusz, 1979.
- J. L. ARANGUREN: *Bajo el signo de la juventud*. Barcelona, Salvat 1982.

Josep M. Lozano i Soler

- B. BETTELHEIM: *No hay padres perfectos. El arte de educar a los hijos sin traumas ni complejos*. Barcelona, Crítica, 1988.
- J. W. BOTKIN, M. ELMANDJRA; M. MALITZA: *Aprender, horizonte sin límites*. Madrid, Santillana, 1979.
- B. BRUHL: *Lo dicho y lo hecho. La juventud frente a un nuevo orden económico internacional*. París, Unesco, 1981.
- S. CARDUS; J. ESTRUCH: *Les Enquestes a la Joventut de Catalunya*. Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1984.
- J. L. CARRERA: España Joven. *Cáritas*, 1989, nº 289, pág. 17-24.
- G. CODINA: *Fe y justicia en la educación*. Barcelona, Centre Cristianisme i Justícia, 1986.
- P. CODINACHS (ed.): *Joves entre els joves*. Barcelona, Claret, 1982.
- C. COLLANGE: *Jo, la teva mare*. Barcelona, Altafulla, 1985.
- CONSELL NACIONAL DE LA JOVENTUT: *Carta de la joventut catalana*. Barcelona, CNCJ, 1988.
- CONSELL ESCOLAR DE CATALUNYA: *La reforma educativa a debat*. Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1988.
- C. DIAZ: *¿Es grande ser joven?* Madrid, Encuentro, 1980.
- C. DIAZ: *La juventud a examen*. Madrid, ed. Paulinas, 1982.
- DIRECCIO GENERAL DE JOVENTUT: *Què diuen els joves dels joves. Joventut 85, debat obert*. Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1987.
- DOCUMENTACION SOCIAL: *La juventud española en la década de los 80*. Madrid, Documentación Social nº 46, 1982.
- E. H. ERIKSON: *Identidad, Juventud y crisis*. Madrid, Taurus, 1980.
- J. FRADERA: "Sociedad civil y asociacionismo juvenil". *2000 Jove*, 1988, nº 15, pág. 432-443.
- J. FUNES, M. PLANELLAS, (ed): *La joventut a la Catalunya dels 80*. Barcelona, Diputació de Barcelona, 1983.
- E. GIL: *Los depredadores audiovisuales. Juventud urbana y cultura de masas*. Madrid, Tecnos, 1985.
- J. HABERMAS: "¿Pueden las sociedades complejas desarrollar una identidad racional?" *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus, 1981, pág. 85-116.
- J. HABERMAS: "Desarrollo de la moral e identidad de yo". *La reconstruc-*

Acabar con la obsesión juvenil (y2)

- ción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus, 1981, pág. 57-84.
- J.O.C.: *Ocio y vida cotidiana de la juventud trabajadora*. Madrid, ed. Popular, 1980.
- M. LUDEVID: *Els joves obrers i el seu treball*. Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1985.
- J. MARTINEZ: *¿Qué hacemos con los jóvenes?*. Santander, Sal Terrae, 1989.
- A. DE MIGUEL: *Los narcisos. El radicalismo cultural de los jóvenes*. Barcelona, Kairós, 1979.
- A. MONCADA: *La adolescencia forzosa*. Barcelona, Dopesa, 1979.
- A. DEL PINO: *Los nuevos consumidores españoles*. Bilbao, Deusto, 1988.
- E. PUIG: *Per una Catalunya que no oblidí els joves*. Barcelona, Diàfora, 1983.
- T. PUIG: *Animació sociocultural y joventut urbana*. Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1985.
- J. PUJOL: *Discursos als joves, 1*. Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1986.
- J. RENAU: *Educació en una societat en crisi. Qüestions i reptes*. Barcelona, Centre Cristianisme i Justícia, 1987.
- J. M. RIERA: *Crisis, juventud y eurocomunismo*. Barcelona, Laia, 1980.
- G. SAMPER: *La joventut fa Catalunya 1900-1985*. Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1987.
- A. TORNOS: *Psicología del desencanto*. Madrid, Forja, 1982.
- E. UCELAY (ed.): *La joventut a Catalunya al segle XX. Materials per a una historia (2 vol.)* Barcelona, Diputació de Barcelona, 1987.
- UNESCO. *Aprender a ser*. Madrid, Alianza, 1973.
- UNESCO: *Perspectivas de la juventud en la década de 1980*. París, UNESCO, 1980.
- UNESCO: *La juventud de los años ochenta*. Salamanca, Sígueme, 1983.
- VIDA NUEVA: *Es grande ser joven*. Madrid, Vida Nueva, 1985.
- P. YONNET: *Juegos, modas y masas*. Barcelona, Gedisa, 1988.